

ELDERS, L. J. *Thomas d'Aquin. Une introduction à sa vie et à sa pensée*, Paris, Les Presses universitaires de l'IPC, ISBN 979-10-93043-01-2, 2013

Con una extensa y prolífica trayectoria a sus espaldas, Leo Elders nos regala un aporte más a la reflexión en torno a su autor referencial: Tomás de Aquino. Tal como lo indica en el Prefacio, el texto es una puesta al día del que viera la luz en 1990, cuando el Padre Elders compuso una introducción a Santo Tomás destinada a unos estudiantes de teología de la iglesia reformada de Holanda. La nueva versión, esta vez traducida al francés, incorpora actualizaciones bibliográficas y de contenido. A través de ella, se pretende «dar una ojeada acerca de las doctrinas principales de Tomás en teología y filosofía, para invitar así al estudio de sus obras y hacer destacar mejor la importancia del pensamiento del Doctor común» (p. 11).

El Capítulo 1, «El siglo de Santo Tomás de Aquino», detalla con precisión el ambiente cultural en que se desenvuelve la vida y la obra del Angélico. Destaca la reforma de la Iglesia, tanto en la vida monástica, como en la presencia de los frailes mendicantes que adoptan un carisma de vida más activa y una presencia evangelizadora inédita, adaptándose a la nueva configuración urbana de la sociedad. Señala el impulso vigoroso de las ciencias y las artes, gracias a la recuperación, traducción y estudio de importantes obras clásicas. No podía faltar un apartado acerca de la vida universitaria, con referencia especial a París. En solo un par de páginas se describen interesantes detalles de la rutina de los estudios, y luego se desarrolla un subcapítulo referido al método escolástico. La contraparte de esta modalidad de trabajo netamente racional fue la regla de la *auctoritas*, que Elders explica con sencillez e ilustra con tres nombres insignes: San Agustín, Dionisio y Aristóteles. Acerca del primero se ofrece una síntesis interesante de las posiciones doctrinales vigentes en tiempos de Santo Tomás, y se enfatiza la profunda afinidad espiritual entre ambas columnas de la ciencia sagrada: «San Agustín acompaña la obra teológica de Santo Tomás desde el comienzo hasta el final. La *Suma de Teología* ha sido escrita como un diálogo ininterrumpido con San Agustín [...] Santo Tomás está siempre lleno de admiración y de gratitud para con la gran figura que es San Agustín» (p. 24). El capítulo cierra con una especie de homenaje a Etienne Gilson, a quien acude para retratar el espíritu del siglo XIII, tiempo de esplendor de la metafísica cristiana de la creación como participación de la perfec-

Artículo recibido el 22 de diciembre de 2014, aceptado el 14 de enero de 2015.

ción divina que resplandece por eminencia en el hombre, imagen destacada de la sabiduría, el amor y el poder de Dios.

El Capítulo 2 trata sobre la vida de Santo Tomás, reconociendo su deuda con los últimos trabajos de Weisheipl y Torrell. Recorre las etapas de su formación, los dos períodos parisinos con el de Italia en el medio, y sus últimos años en Nápoles. Deja espacio para algunos detalles de la labor habitual de Tomás, insistiendo en un aspecto algo descuidado por los estudiosos como fue el de la predicación. En el último título relata la lucha de los obispos contra el averroísmo y la famosa condena de 1277, en la que fueron desaprensivamente incluidas varias tesis del Angélico. A la par que crecía su fama de santidad, recrudecían las discusiones entre franciscanos y dominicos acerca de la ortodoxia de su pensamiento. Finalmente, el dictamen de los tiempos y del magisterio ordinario de Pedro adoptó la obra de Santo Tomás como guía fundamental de la ciencia sagrada.

El Capítulo 3 está dedicado al oficio fundamental que ocupó la mayor parte de los pensamientos y escritos de Santo Tomás: la teología. Evoca al comienzo las bellas palabras de San Hilario de Poitiers rememoradas por el Angélico: «considero como el principal deber de mi vida para con Dios esforzarme por que mi lengua y todos mis sentidos hablen de Él» (*Suma contra los Gentiles* I, 2). Según la descripción de Elders, la teología de Santo Tomás, y en general la de los autores «de otros tiempos», contrasta con los enfoques actuales sobre todo en dos puntos. En primer lugar, su propósito es «estudiar y explicar la doctrina revelada tal como ha sido enseñada por la Iglesia, los concilios y los sínodos» (p. 55). En segundo lugar, se apoya en una concepción filosófica plenamente compatible con la visión de la realidad que propone la fe. En cambio, la teología actual se ha deslizado hacia enfoques e interpretaciones más personales y de hecho menos sujetas a la regla del magisterio eclesiástico. Y a ello se agrega que, en muchos casos, se adoptan soportes filosóficos difícilmente conciliables con la Revelación. A continuación expone la distinción entre *sacra doctrina* y teología, teniendo en cuenta que el formato científico del discurso teológico recién se cristaliza con la asimilación de los *Segundos Analíticos* de Aristóteles, a fines del siglo XII. Presenta la Revelación divina como una iluminación sobrenatural de la inteligencia humana. La teología, en cambio, es «la reflexión sobre lo que Dios ha revelado y la penetración en ese mensaje, así como la ordenación de su contenido» (p. 59). Se trata de una verdadera ciencia, a la que tanto la razón como la fe hacen posible, y cuyo desarrollo criterioso no tiene nada de temerario. Bajo tal

carácter, y siguiendo la concepción epistemológica de Aristóteles, Tomás invoca la necesidad instrumental de la filosofía, e incluso transporta la noción peripatética de sabiduría como «conocimiento de las causas más altas» para designar a la teología como sabiduría por eminencia, solo superada en esta vida por los dones del Espíritu Santo. Elders considera a Santo Tomás como un precursor de la doctrina de los *loci theologici*, pues jerarquiza con claridad las diversas fuentes de investigación del teólogo: ante todo la Sagrada Escritura y su interpretación según el sentir de la Iglesia. En segundo lugar, la autoridad de los Padres, en la medida en que se ponga en línea con el criterio anterior. Y finalmente, el aporte de las disciplinas filosóficas y científicas, como un medio puramente extrínseco pero que, en cuanto cumpla eficazmente su servicio, resulta elevado en su finalidad de llegar a la verdad. El capítulo culmina con la presentación de una de las obras más ambiciosas de Santo Tomás: la *Suma contra los Gentiles*, texto preparado como manual de orientación doctrinaria para los misioneros en España y Nápoles, cuyo propósito principal es recurrir a la filosofía para exponer la razonabilidad de la fe y refutar los errores de quienes pretenden combatirla.

El capítulo 4 trata acerca de los estudios escriturísticos de Santo Tomás, un aspecto de su producción que fue desdeñado por los especialistas hasta no hace mucho. Entre los motivos de esa actitud sobresale el notable desarrollo que han adquirido en las últimas décadas las investigaciones exegéticas basadas en el método histórico-crítico, en las que se despliega un aparato de recursos técnicos y multidisciplinarios completamente desconocidos en la Edad Media. Para colmo, en el siglo XIII circulaban diferentes versiones de la Vulgata, probablemente con varios errores de copia, y en el ambiente universitario todavía no se cultivaba el estudio del hebreo y el griego para realizar una adecuada confrontación. Sin embargo, los comentarios de Santo Tomás, a pesar de la precariedad de medios, apuntan directamente, y con agudeza, al significado espiritual de los textos y a la sustancia del mensaje que Dios nos quiere transmitir a través de cada uno de ellos. Elders resume los presupuestos exegéticos del Aquinate: la distinción entre inspiración y revelación, la regla según la cual la Biblia debe leerse y explicarse *in medio Ecclesiae* (en comunión con la Iglesia), y la unidad de la Escritura, que no es otra que la referencia a Cristo. Luego expone el método exegético de Santo Tomás, la cuestión del sentido literal y espiritual de los textos, y termina con un panorama del conjunto de comentarios bíblicos del Doctor Angélico.

Pasamos al capítulo 5, donde se trata el pensamiento teológico de Santo Tomás según se despliega en su obra máxima, la *Suma de Teología*. Acerca de la relación entre lo natural y lo sobrenatural, Elders destaca la doctrina tomista del deseo natural de ver a Dios. Luego trata sobre las fuentes de la *Suma* y la controversia sobre el criterio de división de sus partes, acerca de lo cual evoca el aporte de Chenu, Hayen, Patfoort, Lafont, Pesch, Torrell y Mongeau. Seguidamente ofrece un ágil recorrido por las tres grandes partes de la obra, destacando algunas tesis presentadas en cada una de ellas. En la parte final, explica las características estructurales de la organización de las cuestiones y los artículos, y presta atención a ciertas objeciones que se han planteado sobre el contenido de la *Suma*. En particular, las que tienen que ver con la falta de un tratado de Eclesiología, y la escasa presencia de la figura de la Virgen María, que ocupa tan solo 4 de las más de 600 cuestiones.

Los cuatro capítulos siguientes están consagrados a la filosofía. En el número 6 se ofrece una caracterización de la impronta general del pensamiento filosófico del Doctor Común. En una breve introducción epistemológica cita la doctrina de los tipos de abstracción, apoyándose particularmente en la *Exposición sobre el Tratado de la Trinidad* de Boecio, de la que el autor ya había escrito un comentario. Muestra seguidamente la concepción tomasiana de la lógica como saber propedéutico de las segundas intenciones de la razón. Presenta luego el tema capital del realismo metafísico y gnoseológico, al que confronta con el conceptualismo moderno y la fenomenología de Husserl. Ese realismo sostiene que «las cosas poseen una verdad ontológica, esto es, un contenido cognoscible, la *veritas rerum*. El ente es cognoscible, no es ni absurdo ni oscuro. [...] Esta cognoscibilidad reposa en último análisis sobre el hecho que las cosas son creadas por Dios y dependen de su intelecto. Ellas son como una irradiación de la luz y de la verdad de Dios» (p. 130). La contraparte de esta categórica afirmación es el intelectualismo, término que designa la primacía ontológica de la vida intelectual y la capacidad de la mente para llegar al ser profundo de las cosas sin anteponer intereses afectivos. El amor también ocupa un lugar destacado en la síntesis de Santo Tomás, pero siempre integrado a la dimensión intelectual, única capaz de presentar a la voluntad el verdadero bien que perfecciona su apetito. El capítulo culmina con un comentario sobre la relación entre Santo Tomás y Aristóteles, que para el Padre Elders prevalece nítidamente sobre el influjo de otros autores, incluso de la línea platónica. A pesar de las reservas de exi-

mios especialistas, como Gilson, Chevalier y Owens, el autor considera que el soporte conceptual básico de la filosofía de Santo Tomás es aristotélico, si bien en algunos temas, especialmente aquellos en relación directa con la fe, la profundización y la originalidad del Angélico lo llevan mucho más allá del sabio griego.

El capítulo 7 desarrolla la temática de la filosofía de la naturaleza. En nuestros días es un capítulo poco atractivo, que se reduce apenas a los contenidos de la *Física* de Aristóteles cuando no se lo suprime sin más. Por entonces, abarcaba también el mundo de lo orgánico y coronaba en la antropología, lo cual facilitaba la integración de los conocimientos y, de manera especial, la comprensión del hombre como *microcosmos*. Elders defiende a Santo Tomás del cargo de seguir acriticamente la doctrina de Aristóteles, ya que no solamente fue capaz de profundizarla en muchos casos, sino que también mostró cautela al distinguir entre aquello que se considera científicamente demostrado y lo que permanece en estado de hipótesis. A lo largo del capítulo se van presentando las tesis centrales de la filosofía de la naturaleza: la composición universal de materia y forma, el concepto de naturaleza, movimiento, lugar y tiempo, la visión general del universo y de los seres vivientes, el alma y sus potencias, el intelecto y la voluntad, el origen y destino del alma espiritual y, por último, la relación del hombre con el mundo y la historia.

Como cabía esperar, el capítulo más extenso y sustancioso está dedicado a la metafísica. El autor ofrece una síntesis inteligente y atinada de casi todos los temas, sin menoscabo de la claridad y la precisión. Empieza con el aporte de Santo Tomás a favor de la unidad de la metafísica a pesar de la oscuridad de los textos aristotélicos y la limitación de los comentarios árabes. Habla luego de la primacía del acto de ser, la analogía del ente, las propiedades trascendentales, los primeros principios, la distinción acto-potencia y su aplicación al ser y la esencia, que permite a su vez la conexión con la teoría de la participación. La cuestión de la causalidad sirve de puente hacia la teología filosófica, de la que ofrece una escueta reseña histórica, desde Ockham hasta Barth, Heidegger y Marion. Tras la infaltable mención a las cinco vías para demostrar la existencia de Dios, presta especial atención a la llamada «teología negativa» y su impacto en el tratado de los atributos y de los nombres divinos, cuya posibilidad y matices fueron escrupulosamente considerados por el Santo. En la última parte del capítulo alude a la relación de Dios con el mundo a través del tema de la ciencia y la providencia, seguido por el de la creación, la conservación y el concurso divino. Elders destaca en esta

parte la posibilidad de una prueba filosófica de la creación, el debate sobre la doctrina de la premoción física y el mal y el adecuado balance que propone Santo Tomás entre el dominio de la causa primera y de la causa segunda. Cierra con una observación paradójica: la teología filosófica estudia buena parte de los contenidos que se consideran tradicionalmente como preámbulos de la fe, y en ello puede asignársele un valor preparatorio para la acogida de la Revelación. No obstante, sostiene, la historia enseña que si la fe no precede a la razón, no es posible que esta alcance la comprensión adecuada de la naturaleza y el obrar divinos.

El capítulo 9 aborda la ética según la concepción de Santo Tomás. El interés universal por este saber ayuda a advertir también la enorme dificultad que tiene para el hombre. Elders menciona la opinión de Maritain según la cual, puesto que el fin último del hombre es sobrenatural, no puede existir una ética puramente filosófica, y replica que sí es posible, aunque en modo imperfecto como lo es para la razón la intelección de aquel fin. Y considera también que la ética de Santo Tomás tiene una elaboración científica más robusta que la ética de Aristóteles, más próxima al orden práctico de la prudencia. Otro rasgo de importancia es su enfoque eudaimonista, que implica para el hombre identificar la felicidad con la realización plena de su naturaleza. La moral posterior, de la mano del escepticismo metafísico, cae en el enfoque legalista de la obligación y el deber puro, que distorsiona los fundamentos y conduce a una visión casuística. La moral de Santo Tomás, a la que la encíclica *Veritatis Splendor* de San Juan Pablo II propone como modelo definitivo, afirma el sentido ético intrínseco de los actos humanos, sin caer una vez más en la doctrina kantiana de la «buena intención». Reivindica además la importancia del tema de las virtudes y del tratado sobre la ley natural, que permite el sabio equilibrio entre autonomía y heteronomía. Son igualmente valiosas las reflexiones acerca del amor y la amistad, la conciencia y el Estado.

La obra culmina con un panorama bastante detallado de la escuela de Santo Tomás y sus debates con otras expresiones filosóficas y teológicas a lo largo de más de siete siglos. Son mencionados el nominalismo del siglo XIV, el poco conocido «tomismo bizantino», los ilustres Capreolo, Cayetano, Ferrariense, Vitoria, Cano y Poinsoy y el álgido debate con los jesuitas acerca de la moción divina de la voluntad. Con justicia se subraya la figura de León XIII, con su *Aeterni Patris* y el ciclópeo proyecto de la edición crítica, luego denominada *Leonina*. El siglo XX muestra una vigorosa restauración

de los estudios medievales y de Santo Tomás, auspiciados continuamente por el magisterio pontificio. A la par, surgen corrientes que buscan reinterpretar o minimizar la obra del Angélico. Tras el apoyo explícito del Concilio Vaticano II y de los últimos pontífices, el tomismo muestra al presente su lozanía y su vigencia. Las herramientas conceptuales de Santo Tomás se han mostrado eficaces en el tratamiento de cuestiones actuales de orden epistemológico, en bioética y demás.

En la última página (242), el Padre Elders resume el valor de la doctrina de Santo Tomás haciendo suyas las palabras de J. Rassam: se trata del «silencio, es decir de una concentración interna del espíritu que lo pone en estado de registrar en sí mismo el mensaje de las cosas». Esta «total libertad de espíritu» se une a una actitud de optimismo que confía en el poder de manifestación de lo real y en la aptitud del intelecto para acogerla. Por eso el pensamiento de Santo Tomás no es un sistema racionalista, sino una cosmovisión que subordina el orden lógico al dictamen de la experiencia, los primeros principios y la enseñanza de la divina Revelación.

La edición de la obra ofrece detalles de valor: abundantes citas, rigurosamente actualizadas; un índice de nombres y de materias que siempre brindan utilidad; y una composición tipográfica amigable. Acaso hubiese sido bienvenida una bibliografía final que recopile algunas de las obras citadas y otras que puedan enriquecer el conocimiento de Santo Tomás. Sumado al amplísimo abanico de temas considerados, un lenguaje siempre llano y a la vez preciso y la presencia de datos y comentarios poco habituales a pesar de su importancia, no dudo en recomendar este libro como pieza infaltable para la biblioteca de los seguidores del Doctor Angélico. Aún queda la última prueba: que aquellos a quienes Elders ha destinado su ensayo se conviertan, a partir de él, en lectores de Santo Tomás.

OSCAR BELTRÁN